

## GUILLEN Y VALLE-INCLAN: DE HOMENAJE A HOMENAJE (1923-1977)

### I

En un seminario dedicado a Valle-Inclán comentaba para mis estudiantes la novela *Tirano Banderas* en el Contexto de los *esperpentos* y discutíamos el «compromiso» en la obra del último Valle-Inclán. Como curiosidad histórico-literaria les leí a mis alumnos aquel texto con que Guillén contribuyó al homenaje que Azaña le dedicó a don Ramón en su revista *La Pluma* en enero de 1923. Como el texto es breve, lo citaré por completo:

Don Ramón del Valle-Inclán es, tal vez, el único escritor de la generación del 98 que no ha escrito nada sobre «El problema nacional». Declarémoslo sin empacho: esa nave ausente asume una de las más firmes bellezas de la gran fábrica erigida por el gran constructor. ¡Con qué deleite nos leemos esas blancas páginas! ¡Oh, aquel terrible nacionalismo a redropelo de aquellos demolidores del 98! Basta, basta. Necesito ser *real* como un europeo cualquiera. No me place, hipotético, sentirme perdido, egregiamente perdido en la irrealidad de una España demasiado planteada como problema. ¡El problema de España! ¡Qué cansancio, qué fastidio! ¿No es bastante vivir simple y fuertemente—sin más—esta tremenda y magnífica fatalidad de *ser español*? Arquitecto, frente al solar: ¿y la posible casa? Ingeniero, frente al río: ¿y el posible puente? «Ante España», «ante el porvenir de España», no. En España, en el presente más atareado de España. Pero ya Valle-Inclán, entonces, el único entonces, levantaba sus casas de prosa y tendía sus puentes de verso dentro de su ideal España perenne. Por lo que «escribió» y por lo que no escribió, vítor, vítor al poeta puro de la generación del 98.

JORGE GUILLEN

Les mencioné a mis alumnos que me sorprendía un poco que Guillén pudiese lanzar un «vítor al poeta puro de la generación del 98» en 1923, cuando Valle-Inclán había publicado *Luces de Bohemia* y *Los cuernos de Don Friolera*—en las primeras versiones de 1920 y 1921, respectivamente—. Casualmente, esa misma tarde al llegar a mi casa encontré un paquete de Guillén que contenía *Guirnalda civil*. Leí el

libro de una sentada y esa misma noche le escribí, acusándole recibo del envío, comentándole el libro y, de paso, contándole lo que había hecho esa tarde en mi clase. El texto de mi carta debió revelar alguna sorpresa por el salto que entonces creí notar entre el Guillén del texto «Valle-Inclán y el 98» arriba citado y el de *Guirnalda civil*, porque a vuelta de correo recibí la siguiente carta, cuyo texto íntegro transcribo:

Cambridge, 27 de enero de 1971.

Mi querido Rodolfo:

En carta reciente se refería usted a mi homenaje a Valle-Inclán en aquel número de *La Pluma* (Madrid, enero 1923). Me interesa aclarar aquel modesto acto de admiración. Elogiando a Valle-Inclán, reaccionaba contra los del 98, o sea, contra la concepción romántica de España: país anómalo—genialmente anómalo—al margen de la historia normal, es decir, europea: «aquel terrible nacionalismo a redropelo». De ahí el problema—en abstracto—de España, anterior a todos los difíciles problemas concretos. Ese destino problemático daba al español una especie de irrealidad vaga, irresuelta, Hamlet al borde de la Historia. «Basta, basta. Necesito ser *real como un europeo cualquiera*.» El terreno firme era Europa; yo espontáneamente no me sentía fuera de aquel Viejo Mundo. En la estación de Valladolid contemplaba, niño, aquellos vagones de los *Grands Express Européens*. Y se me iban los ojos tras aquel tren, que me llevaría a esa Europa con toda naturalidad. No tengo a mano la página de Octavio Paz (Cuadrivio, estudio sobre Cernuda) (1), en que afirma—con cuánta satisfacción para mí—que J(orge) G(uillén) se siente con naturalidad europeo porque con la misma naturalidad se siente español. ¡Exacto!

En ese camino me encuentro ahora, y por eso me he desterrado desde la guerra civil sin aceptar la otra ruta. ¿Cuál? La de la peculiaridad española irreductible al orbe moderno. «España es diferente», pero con feroz complacencia ahora. Bajo signo positivo o negativo se nos quiere mantener aparte, atentos al Evangelio de la Diferencia, cuyos fundamentos históricos explica como fatalidad la obra de Américo Castro. Aquí reside el drama: en la resistencia a la naturalidad del vivir moderno. «Basta, basta», repitamos. «¿Arquitecto frente al solar, y la posible casa? ¿Ingeniero frente al río, y el posible puente?» En *Luz Natal*, el último poema—cronológicamente—de *Cántico* se dice:

*¿Destino? No hay destino  
Cifrado en claves sabias.  
¿Problema del antivisionario,  
Cobarde apocalipsis?  
Problema, no, problemas  
Limpíos de lagrimada vaguedad.*

(1) *Cuadrivio*, México, Joaquín Mortiz: «La palabra edificante (Luis Cernuda)», pp. 167-203. Cita sobre Guillén en p. 173.

Cuando escribí estos versos no recordaba aquella prosa. La actitud es la misma. «Ante España», «ante el porvenir de España», no. ¡Nada de abstracciones! «En España, en el presente más atareado de España.» Para los políticos también, y no sólo para los técnicos. No había, pues, en aquel homenaje el menor elogio a un retiro de intención estética. Hay estricta concordancia entre el niño de la estación de Valladolid, el joven de 1923, el menos joven de *Cántico* y el viejo de *Guirnalda civil*. En la redacción de aquella página de *La Pluma*, respondiendo a la invitación de Azaña, que me honró con su amistad, hay dos frases que rechazo ahora: «esta tremenda y magnífica fatalidad de ser español», con su dejo romántico todavía, y «poeta puro», fantasma que no ha existido nunca, a no ser en sentido relativo y muy moderado. Me importaba, querido Rodolfo, disipar toda *duda* en el lector de aquel homenaje. Un gran abrazo de su viejo amigo.

JORGE

## II

Que la admiración de Guillén por Valle-Inclán no fue algo efímero tuve la ocasión de comprobar más tarde en tres ocasiones diferentes.

Habiéndole manifestado a don Jorge que estaba trabajando sobre Valle-Inclán—primero, en el libro sobre los *esperpentos* que escribimos Anthony N. Zahareas y yo; luego, sobre el teatro de Valle-Inclán, libro en preparación—, un día recibí un pequeño paquete que contenía lo siguiente:

La edición original de *La rosa de papel*, que publicó Valle-Inclán en «La Novela Semanal», en el número 141, de 22 de marzo de 1924.

*Ligazón*, publicada originalmente en «La Novela Mundial», en el número 24, correspondiente al 26 de agosto de 1926.

El «esperpento» *La hija del capitán*, en su versión original, que publicó también en «La Novela Mundial», en el número 72, del 28 de julio de 1927. La edición, como se sabe, fue recogida casi inmediatamente por Primo de Rivera, quien, a propósito de esta obra, escribió la tan citada «Nota oficiosa» en los periódicos de Madrid. Guillén debió de adquirirla antes del secuestro de la edición.

*Fin de un revolucionario: Aleluyas de la Gloriosa*, publicada en el primer número de la colección «Los Novelistas», correspondiente al 15 de marzo de 1928.

Además de estas valiosas ediciones, el paquetito contenía recortes de los principales artículos necrológicos que se publicaron con motivo de la muerte de don Ramón en enero de 1936. Los artículos fueron cuidadosamente recortados y anotados, por mano de Guillén, en cuanto a fecha y origen. Son, a saber: